



CAPÍTULO IV

Las ciudades nefandas

El día siguiente, Abraham se dirigió por la mañana al lugar en donde había estado de pie ante el Eterno, miró del lado de Sodoma y de Gomorra, así como á la comarca de sus inmediaciones, y vió las pavesas, que subían de la tierra como el humo de un horno. Era que no se habían encontrado los diez justos.

La víspera llegaron los dos ángeles á Sodoma al caer de la tarde, y cuando Lot estaba sentado á las puertas de la ciudad. Luego que los vió, se levantó y salió á recibirlos, y adoró inclinándose hácia la tierra, y les dijo: «Ruegos, señores, que torzais á la casa de vuestro siervo, y paseis allí la noche, despues de haber lavado vuestros piés, y de madrugada seguireis vuestro camino.» Ellos respondieron: «No, que en la plaza nos quedaremos.» Pero les hizo tan vivas instancias, que entraron con él. Cuando estuvieron en su casa, les preparó un convite, y coció panes azimos, y comieron.

Y antes que se fuesen á acostar, los hombres de la ciudad cercaron la casa, desde el niño hasta el viejo, todo el pueblo á una; y llamando á Lot, le dijeron: «¿En dónde están los hombres que entraron de noche en tu casa? Sácanoslos acá para que los conozcamos. Salió á ellos Lot, y cerrando tras sí la puerta, dijo: «No queráis, os ruego, hermanos míos, no queráis hacer tal maldad; tengo dos hijas que aún no han conocido varon, os las sacaré y haced de ellas lo que os plazca, con tal que no hagais ningun mal á estos hombres, porque han entrado á la sombra de mi techo (1).»

Esta proposicion de Lot ha sido tomada al

pie de la letra y condenada por algunos; otros, entre ellos el Crisóstomo (1), la han entendido en un sentido más favorable, y aun admirada. Supongamos un hombre que desea ardientemente aplacar á otro que está ofendido; no pudiendo conseguirlo con sus ruegos, le presenta un puñal, y descubriéndose el pecho, le dice: «¡Pues bien, mátame!» No para que le mate, sino para que se apacigüe. Así hace Lot. Ofrece á estos desgraciados entregarles sus hijas, no para que acepten su proposicion, sino para que desistan de un crimen más execrable aún. Por otra parte, si hay algo reprehensible en lo que dice, puede excusarle fácilmente la turbacion en que estaba. Lo que hay de cierto, es que, aun despues de esto, San Pedro le llama justo (2).

En vez de apaciguarse los habitantes de Sodoma, respondieron á Lot: «Quitate allá; ¡qué!... ¿este individuo, llegado aquí como extranjero, quiere ya ser nuestro juez? Pues á tí te trataremos peor que á ellos.» Y hacian grandísima violencia á Lot, y estaban ya á punto de forzar las puertas, cuando los hombres que estaban dentro alargaron la mano, y haciendo entrar á Lot en casa, cerraron la puerta inmediatamente; al mismo tiempo golpearon inconsideradamente los que estaban fuera, desde el más pequeño hasta el más grande, de suerte que se cansaron de buscar la puerta sin poderla encontrar.

En seguida estos hombres dijeron á Lot: «¿Tienes aquí á alguno de los tuyos? Yerno, ó hijos, ó hijas, todos los que te pertenecen sa-

(1) Homil., 43, in 19, Gén.

(2) 2 Pet. 2, 7.

calos de esta ciudad, porque vamos á destruir este lugar, por cuanto se ha aumentado su clamor delante del Señor, que nos ha enviado para destruirlos.» Lot, pues, salió y habló á sus yernos, que habían de tomar sus hijas, y les dijo: «Levantaos, salid de este lugar, porque el Señor va á destruir esta ciudad.» Pero les pareció que hablaba como de burlas.

Al apuntar el alba, metíanle prisa los ángeles, diciendo: «Levántate, Lot, toma á tu mujer y las dos hijas que tienes, no sea que tú tambien perezcas juntamente con la maldad de la ciudad.» Y desentendiéndose él, asieron su mano y la de su mujer y de sus dos hijas, porque el Señor usaba con él de misericordia, y le sacaron y pusieron fuera de la ciudad. Allí le hablaron, diciendo: «Salva tu vida; no vuelvas la vista atrás ni te pares en toda esta comarca, sino sálvate en el monte, porque no perezcas tú tambien con los otros.» Y Lot les dijo: «Te ruego, Señor mio, ya que tu siervo ha hallado gracia delante de tí y has engrandecido tu misericordia, que has usado conmigo salvando mi ánima, pero no puedo salvarme en el monte, no sea caso que me alcance el mal y muera. Ahí está cerca esa ciudad, á la que puedo refugiarme, que es pequeña, y en ella me salvaré; ¿pues qué no es pequeña y vivirá mi ánima?» El otro le respondió: «Mira, aun en esto he recibido tus ruegos de que no destruya la ciudad por la cual has hablado; date prisa y ponte allí en salvo, porque no podré hacer nada hasta que entres en ella.» Por esto esta ciudad, que antes se llamaba Bala, fué llamada Segor ó la Pequeña.

El sol salió sobre la tierra cuando Lot entró en Segor; entonces el Señor hizo caer sobre Sodoma y Gomorra una lluvia de azufre y de fuego. Y destruyó estas ciudades y todo el territorio al contorno, todos los moradores de las ciudades y todas las plantas de la tierra. Y volviéndose para mirar atrás la mujer de Lot, quedó convertida en estatua de sal.

Así la sabiduría divina, se dice en otra parte, libró al justo, que huía de los impíos que perecian, cuando descendia el fuego sobre la Pentápolis. En testimonio de su corrupcion, permanece la tierra humeando, desierta, y los

árboles que dan fruto de incierta estacion, y la estatua de sal que queda en pie, para memoria de una alma incrédula (1).

Las cinco ciudades eran Sodoma, Gomorra, Adaura, Seboim y Bala ó Segor; pero esta última fué perdonada á ruego de Lot. En su lugar se formó un lago, que los árabes llaman el lago de Lot; la Escritura le llama mar del suelo. Es más conocido con el nombre de mar Muerto y lago Asfaltites ó del betun, porque se saca mucho todos los años.

Aquí, no solamente los autores judíos y los Padres de la Iglesia, sino aun los escritores profanos Strabon, Solin, Plinio, Tácito, sirven de comentario á la Escritura (2). «Este lago, dice el último, de un circuito inmenso, semejante á un mar, con un sabor insoportable, exhala un olor fétido y pestilente. Los vientos no levantan olas; no admite peces ni aves acuáticas. Sus aguas sostienen, como una superficie sólida, los objetos que allí se arrojan. El más ignorante, como el más hábil en el arte de nadar, son igualmente sostenidos. En cierta época del año arroja betun; no lejos de allí hay campos que se dice fueron fértiles otras veces y cubiertos de ciudades populosas, y que han sido devorados por el fuego del cielo. Se añade que aún existen huellas de castigo, y que la tierra misma, cuya superficie parece abrasada, ha perdido la fuerza productiva. Todos los vegetales nacidos sin cultivo ó sembrados por la mano del hombre, se malogran ó en yerba ó en flor, ó si llegan á su crecimiento ordinario, su fruto, negro y hueco, se resuelve en polvo (3).» «Que esta region ha sido trabajada por el fuego, añade Strabon, se deduce por más de una prueba: peñascos quemados, numerosas grietas, una tierra de ceniza, rios que esparcen á lo lejos un olor infecto, y acá y allá habitaciones en ruina. Todo esto hace creer lo que cuentan los habitantes del país, que en otro tiempo habia allí trece ciudades, de las cuales Sodoma era la metrópoli; pero que, por temblores de tierra, erupciones

(1) Sap., 10, 6-7.

(2) Strabon, lib. XVI. Solin, c. XXXVII. Plinio, lib. V, caps. XV y XVI.

(3) Tácito, *Hist.*, l. V.



de fuegos subterráneos y olas abrasadoras de aguas bituminosas y sulfurosas, el lago invadió la comarca, y las rocas conservaron las huellas del incendio. Entre estas ciudades, unas fueron absorbidas, otras fueron abandonadas por sus habitantes, que pudieron salvarse (1).»

Hé aquí cómo hablan estos graves autores. Y si no fuera porque son dos escritores de la antigüedad pagana, se les tomaría quizá por algunos antiguos intérpretes de la Biblia, explicando con un poco más extensión lo que dicen Moisés y el libro de la Sabiduría. De una y otra parte, las circunstancias son las mismas en el fondo. El fuego del cielo que consumió estas ciudades criminales, debió inflamar naturalmente los pozos de betun de que abundaba el país; de aquí los fuegos subterráneos, los temblores de tierra, los torrentes inflamados de betun y de azufre. La Escritura no nombra más que cuatro ó cinco ciudades; pero estas podían tener cada una otras menores bajo su dependencia, que fueron, ó absorbidas con ellas, ó abandonadas por sus habitantes. En cuanto á la columna ó estatua de sal, en que fué convertida la mujer de Lot, el historiador Josefo asegura que subsistía aún en su tiempo y que la había visto con sus propios ojos (2). Los antiguos Padres de la Iglesia suponen y dicen lo mismo en sus escritos.

«Hé aquí, dice el Eterno por su profeta, hé aquí cuál ha sido la maldad de Sodoma tu hermana, la soberbia, la hartura de pan, la abundancia y la ociosidad de ella y la de sus hijas; y no alargaban la mano al necesitado y al pobre, y engriéronse é hicieron abominaciones delante de mí, y yo las destruí como tú has visto (3).»

En este acto de acusación no se habla de idolatría, al menos de una manera explícita; si los habitantes de Sodoma pecaron, no fué por falta de conocer á Dios. El rey de Salem, sacerdote del Altísimo, no estaba lejos. Hacia pocos años que en nombre de este Dios su-

(1) Strabon, l. XVI, c. II.
(2) Josefo, *Ant.*, l. I, c. XII.
(3) Ezequiel, 16, 49 y 50.

premo, Abraham les había librado del cautiverio; un justo se hallaba en medio de ellos para llamarles sin cesar: Lot, cuyo renombre, cuyo sólo aspecto les hacía conocer por un hombre justo; Lot, cuya alma virtuosa era atormentada cada día por las obras de iniquidad. Porque así nos habla de él San Pedro (1). A los habitantes de Sodoma no faltaban, pues, ni la instrucción necesaria, ni advertencia. Es más de admirar que después de haber sido castigados poco antes por la mano de Dios, librados después por uno de sus servidores, en consideración á otro se encenagasen tan pronto en sus excesos abominables. ¡Ay! no basta que el espíritu conozca el bien, es necesario además que la voluntad sea sana para adherirse fuertemente y vencer las pasiones desordenadas de la carne; y Dios no concede esta gracia más que á los humildes. Así vemos entre los paganos, aquellos que conocían más distintamente al verdadero Dios y su ley santa; pero que, en vez de adorarle humildemente, se soberbecían por sus conocimientos; vemos á los que se daban el nombre de sábios, caer en las mismas abominaciones que los habitantes de Sodoma.

San Pablo, en su epístola á los romanos, les acusa á la faz del cielo y de la tierra; mas lo que sobrepuja á todo lo que ha dicho San Pablo, hélo aquí: entre las obras de un filósofo griego (2), existe un diálogo en donde los interlocutores concluyen por deducir que el amor conyugal debe ser parte de los hombres en comun, y que el amor infame de los sodomitas es el privilegio de los filósofos. ¡Sábios orgullosos! ¡filósofos de todos los siglos! aprended á ser humildes. Todos, en fin, quienquiera que seamos, temamos, temblemos viendo tan grandes extravíos. Resistamos, como Lot, al espectáculo de la más afrentosa corrupción; seamos retirados por la mano de los ángeles; huyamos ocultos á la soledad, y temamos aún; porque si no velamos sobre nosotros mismos, si no evitamos el orgullo, la intemperancia, la ociosidad, el peligro nos seguirá

(1) 2 Pet., 2.
(2) Luciano.



hasta en la soledad. Lot mismo podrá servirnos de ejemplo.

Su conducta está muy lejos de ser tan perfecta como la de Abraham. Cuando los ángeles le mandan retirarse al monte, él rehusa; sostiene que estará más seguro en una ciudad, y después que la han conservado por causa de él, la abandona por miedo de perecer en ella. Como vió que toda la tierra de los alrededores de Segor se incendiaba, dudó que pudiera subsistir en tal vecindad, aunque los ángeles le hubiesen dado seguridades. Comprendió entonces que hubiera obrado mejor siguiendo sus consejos, y se retiró á la montaña, donde creyó encontrar un lugar que le salvase de este diluvio de fuego, salvándose como Noé del diluvio de las aguas. Debíó preguntar á los ángeles adónde debería dirigirse; no debíó encerrarse sólo con sus hijas en una caverna, en donde nada podía saber ni ver distintamente. Refugiándose en una gruta cuya entrada estaba aún oscurecida por el humo del incendio, que duró todavía largo tiempo sin disiparse, dió ocasión á sus hijas de creer que todos los hombres habían perecido. La historia del diluvio sirvió sin duda mucho para engañarlas, así como la tradición muy extendida, según la cual en los últimos tiempos el mundo sería consumido por el fuego. Para renovar la raza humana, ellas formaron el proyecto de embriagar á su padre, circunstancia que prueba claramente que procedían contra su conciencia, y que creían á su padre incapaz de consentir en lo que habían concertado entre sí, si conservaba la razón. No se puede disculpar á Lot de haber bebido dos veces hasta perderla. Mas las hijas con habilidad supieron muy bien engañar á un anciano afligido, y persuadirle á desear la tristeza por un poco más de vino que de ordinario. Como quiera que sea, ellas mostraron perfectamente que no pensaban más que en restablecer el género humano, contentándose una y otra con una sola sorpresa. Así, son juzgadas con alguna indulgencia por el Crisóstomo y Orígenes (1).

(1) Chrysost., Homil., 44, in Gén. 19. Origen., Homil., 5, in Gén. 19.

Habiendo, pues, concebido las dos, la mayor parió un hijo y le llamó Moab, es decir, nacido de un padre, diciendo: este ha nacido de mi padre. La menor parió asimismo un hijo, que llamó Ammon, es decir, hijo del pueblo, diciendo: este es hijo de mi pueblo y no del extranjero. Moab y Ammon fueron los padres de dos naciones muy conocidas en la Escritura, los Moabitas y los Ammonitas. Dios les dió tierras, prohibiendo á los israelitas disputarles la posesión; á los Moabitas, la tierra de los Emim, especie de gigantes que exterminó ante ellos; á los Ammonitas, la tierra de los Zomzommim, otra raza gigantesca, que fué igualmente exterminada. Los Moabitas y los Ammonitas subsistieron bajo su nombre hasta cerca del siglo tercero de la era cristiana, en que se vieron confundidos con los árabes.

Por lo que respecta á Abraham, partió del valle de Mambré algún tiempo después de la ruina de Sodoma, quizá á causa de las fétidas exhalaciones que se esparcían en toda la comarca. Se dirigió á la tierra del Mediodía; se estableció entre Cades y Sur, y habitó como extranjero en Gerara. Como decía que Sara, su mujer, era hermana suya, Abimelech, rey de Gerara, mandó que se la llevasen. Pero Dios se apareció en sueños durante la noche á Abimelech, y le dijo: «Mira que morirás á causa de la mujer que has tomado, porque tiene marido.» Mas Abimelech no había llegado á ella, y respondió: «Señor, ¿castigarás de muerte á una gente ignorante, pero justa? ¿Acaso él no me dijo: es mi hermana; y ella también dijo: es mi hermano? Con sencillez de mi corazón y con pureza de mis manos he hecho esto.» Dios le dijo: «Yo también sé que con sencillo corazón lo has hecho; y por esto te guardé que no pecaras contra mí, y no permití que llegases á ella. Ahora bien: vuelve la mujer á su marido, porque es profeta, y orará por tí y vivirás; mas si no quieres volvérsela, ten entendido que morirás de muerte tú y todo lo que es tuyo.» Abimelech se levantó al punto, cuando aún era de noche; llamó á todos sus siervos, y les contó todas estas cosas y todos temieron mucho. Y llamó también á Abraham y le dijo: «¿Qué has hecho con nosotros? ¿En qué te he-



mos ofendido para haber atraído sobre mí y sobre mi reino un tan grande mal? Lo que no debiste hacer hiciste con nosotros. Y continuando en sus quejas, añadió: ¿Qué has visto para hacer esto? Abraham respondió: «Pensaba dentro de mí, diciendo: quizá no haya temor de Dios en este lugar, y me matarán por causa de mi mujer. Por otra parte, es verdaderamente hermana mía, hija de mi padre, aunque no es hija de mi madre.» Palabras que se entienden comunmente de esta manera: Sara era hermana con el mismo título que Lot era hermano suyo; como este, ella descendía de Tharé por Aran, hermano de Abraham, pero nacida de otra madre. Así, Abraham y Sara habian nacido de un mismo padre, él en primer grado, ella en segundo; pero los dos tenían una madre diferente. Los hebreos no distinguían entre hija y nieta. Abraham podía decir al pié de la letra que era hija de su padre y hermana suya.

Entonces Abimelech tomó ovejas y bueyes, y siervos y siervas, y diólas á Abraham, y le restituyó á Sara su mujer. Y dijo: «A vuestra vista está la tierra; habita en donde bien te

placiere.» Y al mismo tiempo dijo á Sara: «He dado á tu hermano mil monedas de plata, esto os servirá para que tengais siempre un velo sobre vuestros ojos delante de todos los que están contigo, y adonde quiera que fueres; y acuérdate que has sido cogida.» Este velo es mirado por los intérpretes como un testimonio público que tributaba Abimelech al honor de Sara, y como un signo que demostraba á todo el mundo que estaba casada. Y haciendo oracion Abraham, sanó Dios á Abimelech y á su mujer y á sus siervas, y parieron; porque el Eterno habia castigado con la esterilidad á la casa de Abimelech, á causa de Sara, mujer de Abraham (1).

Se ve en la manera con que Dios habla á Abimelech, y en la que este responde, que Abimelech, rey de los filisteos, tenia conocimiento y temor de Dios. Encontraremos además otra prueba. Y como los filisteos eran una colonia egipcia, se puede creer que lo mismo sucedia poco más ó ménos en Egipto.

(1) Gén., 20.

CAPÍTULO V

Ismael é Isaac

Visitó el Señor á Sara, como lo habia prometido, y cumplió en ella su palabra. Conoció y parió un hijo en el tiempo que Dios habia predicho. Abraham le dió el nombre de Isaac, y le circuncidó al octavo día, como Dios se lo habia mandado. Abraham tenia entonces cien años. Y Sara decia, haciendo alusion al nombre de Isaac, que significa risa: «Dándome Dios un hijo, me ha dado un objeto de risa y de alegría; todo el que lo oyere se reirá conmigo.» Y luego añadió: «¿Quién creería que Abraham habia de oír que Sara daría el pecho á un hijo nacido en su vejez?»

Entre tanto, el niño creció y fué destetado. Abraham hizo en este dia un gran festin. Mas como Sara hubiese visto al hijo de Agar la egipcia burlarse de su hijo Isaac, dijo á Abraham: «Echa á esta esclava y á su hijo; porque el hijo de la esclava no ha de ser heredero con mi hijo Isaac.» Récia cosa parecia esta á Abraham, á causa de su hijo. Mas Dios le dijo: «No te parezca cosa récia á causa del muchacho y de tu esclava; en todo lo que te dijere Sara, oye su voz, porque de Isaac tomará su nombre tu posteridad. Y aun al hijo de la esclava lo haré caudillo de un grande pueblo, porque es hijo tuyo.»

Levantóse, pues, Abraham de mañana, y tomando pan y un odre de agua, cargólo sobre el hombro de Agar, y le entregó su hijo, y despidióla. La que habiéndose ido, andaba errante por el desierto de Bersabée. Y como se la hubiese acabado el agua del odre, abandonó al niño debajo de uno de los árboles que allí habia. Y fuése y sentóse enfrente, á lo lejos, á la distancia de un tiro de arco, y dijo: «No veré morir al hijo mio.» Y sentada en

frente alzó su voz y lloró. Y oyó Dios la voz del niño, y el ángel de Dios llamó á Agar desde el cielo, diciendo: «¿Qué haces, Agar? No temas, que Dios ha oído la voz del muchacho desde el lugar en que está. Levántate, alza al muchacho y tómallo de la mano; pues lo haré caudillo de un gran pueblo.» Y Dios le abrió los ojos, y viendo un pozo de agua, fué y llenó el odre y dió de beber al muchacho. Y Dios estuvo con él. Creció y moró en el desierto, y se hizo un hábil tirador de arco. Habitó en el desierto de Faram, y su madre le escogió una mujer de la tierra de Egipto (1).

El Apóstol de las naciones, venido del tercer cielo, nos descubre el velo del misterio de los dos hijos de Abraham. Los cristianos de la Galatia, engañados por falsos doctores, se creían aún obligados á la ley ceremonial de los judíos. San Pablo les escribió entonces: «Decidme vosotros, los que quereis estar bajo la ley, ¿no habeis leído la ley? Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, el uno de la esclava y el otro de la mujer libre. Pero el que nació de la esclava nació segun la carne, y el que nació de la mujer libre, nació en virtud de la promesa. Porque estas dos mujeres son las dos alianzas, de las cuales la primera, que ha sido establecida sobre el monte Sina, y que no engendró más que esclavos, está figurada por Agar. Porque Sina es un monte de Arabia que tiene enlace con la que ahora es Jerusalem de aquí abajo, la cual es esclava con sus hijos; mientras que la Jerusalem que está arriba es libre y es nuestra madre. Porque está escrito: alégrate la estéril, que no pares; esfuérate y

(1) Gén., 21.